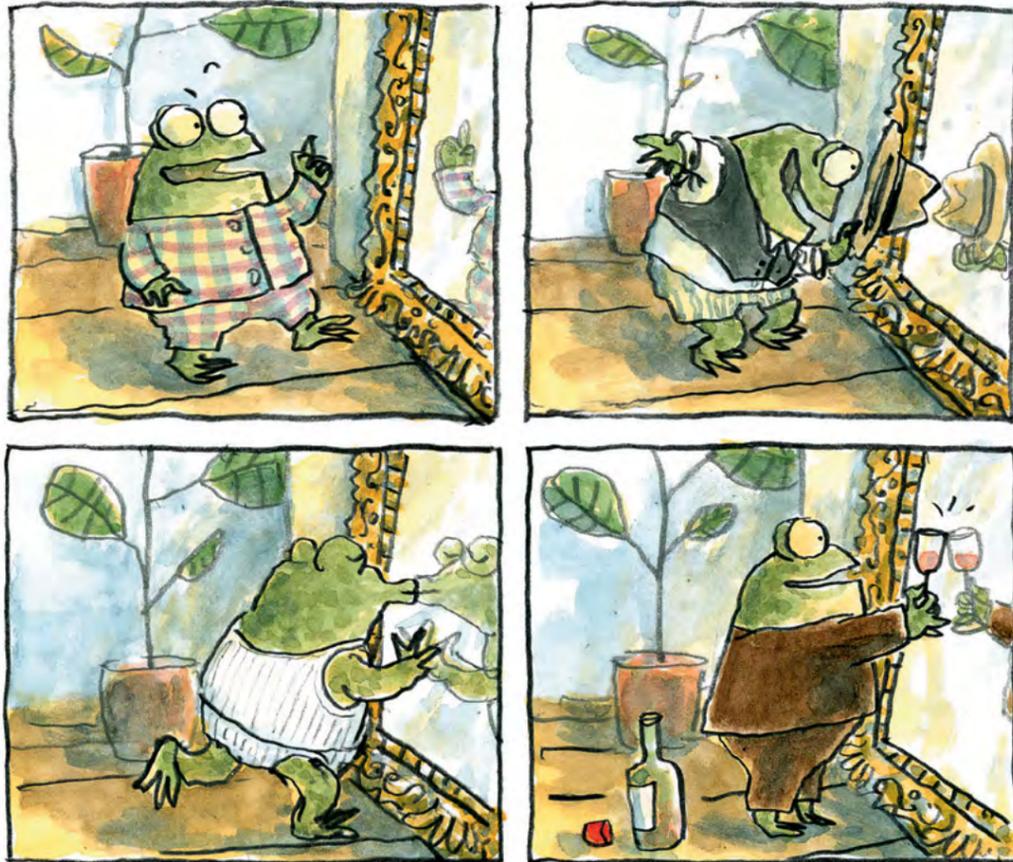


El sapo Alexander von Biscuit vivía solo en un pequeño apartamento. En una de las paredes tenía un enorme espejo que le permitía verse desde todos los rincones de la habitación.

Al sapo le gustaba hablar con su propio reflejo. Se tenía por un excelente conversador sobre los más variados temas, como el tiempo, la última moda en el mundo de los sapos y los desayunos más saludables.



Había puesto la cama frente al espejo para poder observarse mientras dormía.



Una mañana, von Biscuit saltó de la cama con los brazos abiertos.
—He soñado con el abrazo perfecto —gritó—. Era exactamente de este tamaño, ¡y ha sido el abrazo más hermoso que me han dado nunca!



El sapo, muy excitado, empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿Me has oído? —le dijo al geranio—. ¡Si encontrara la pareja ideal para este abrazo, sería feliz para siempre!



Y, con la gracia especial que caracteriza a los sapos, gritó:
—¡No hay tiempo que perder!
Y salió por la puerta a toda prisa.



Así es como empezó la famosa búsqueda del abrazo perfecto de Alexander von Biscuit.



Primero fue a ver a su buena amiga Georgette, la jirafa.

—Georgette, querida —le dijo—, no tengo tiempo para explicaciones. Venga, dame un abrazo.

—Por supuesto —dijo Georgette, que siempre estaba dispuesta a recibir un abrazo sorpresa.

Georgette era muy buena dando abrazos, pero tenía el cuello tan largo que el sapo acabó resbalando.

—¡Esto no funciona! —dijo von Biscuit.

—Pues a mí me ha gustado —opinó Georgette.

—Puede que haya estado bien, pero no ha sido perfecto —gritó el sapo, y salió corriendo.

